

Francisco Ugarte
Senda negra / Oaxaca, 2009

Apoiado, simultáneamente y con firmeza, en los territorios del arte y la arquitectura, Francisco Ugarte (Guadalajara, Jalisco, 1973) ha desarrollado una sólida y sofisticada investigación plástica que tiene como eje central la percepción del espacio.

A lo largo de los últimos diez años, este artista ha utilizado elementos de explícito carácter arquitectónico para incidir sobre las condiciones de iluminación, volumen, o escala de los ámbitos en que son implantados. Estos componentes exógenos, por lo general de una calidad etérea o austera que los hace pasar casi inadvertidos, actúan sobre las relaciones espaciales de un sitio, resaltando, distorsionando o diluyendo una o varias de sus características, de tal modo que un lugar bien conocido, o que el sentido común hace suponer de fácil asimilación y desciframiento a quien lo visita por primera vez, despliega una dimensión imprevista, da cuerpo a lo que ha permanecido invisible, o contradice los enunciados de la geometría euclidiana.

En todos los casos, sus obras están resueltas con una ajustada economía de recursos y utilizando el lenguaje de la abstracción con rigor y afán de síntesis. Francisco Ugarte reconoce los valores intrínsecos que poseen los materiales que utiliza; recurre al metal por lo que es, al vidrio en cuanto tal, a la luz por ella misma. De sus cualidades echa mano con la seguridad de quien sabe que no hay posibilidad de errar, ya que en su pureza y esencialidad radica una gran potencia expresiva. La categórica afirmación de la naturaleza propia de las cosas (como si se tratara de una poética sin metáforas) adquiere por su misma intensidad una dimensión metafísica en el sentido estricto del término.

En sus obras Francisco Ugarte prescinde de cualquier intento de representar o narrar, y se mantiene dentro de los estrictos márgenes de la expresión impersonal, fría y de baja intensidad; sin embargo, sus propuestas no se reducen a un juego efectista. En todo caso, las situaciones de ambigüedad espacial que crea, empujan a los sentidos a ir más allá de sí mismos, a traspasar los límites ordinarios de la percepción y a interrogarse continuamente sobre la naturaleza de las cosas. De esta manera, las instalaciones de Francisco Ugarte pueden despertar en quienes deambulan por ellas una mayor conciencia de sus cuerpos y del sitio por el que transitan, a explorar su propia presencia en un ámbito preciso y estar alerta de los permanentes cambios que experimentan, tanto el espacio como (según el *dictum* heracliteano), ellos mismos, por el sólo fluir del tiempo.

Al desplazar el fin estético de la materialidad del objeto a la experiencia directa del lugar y el momento, Francisco Ugarte provoca en el espectador lo que Yves Bonnefoy llama “la experiencia del sitio” entendida como la identificación de “un punto del espacio en el que se centra nuestra atención, y por el que ésta se ve retenida”, sitio en el que “la epifanía de un signo” le imprime un carácter de realidad más intensa. Se trata de un sitio elegido por voluntario designio sobre el resto del territorio, en el que, según Octavio Paz, “el tiempo cronológico sufre una transformación decisiva; cesa de fluir, deja de ser sucesión, (para convertirse en un) instante privilegiado de alta corriente temporal, (en la) afirmación de un aquí y un ahora”. Los resultados obtenidos bajo estas premisas son por lo general situaciones límite que por su parquedad y capacidad evocativa, operan ese mecanismo paradójico que desemboca en la dimensión que Bachelard llama “inmensidad íntima”.

Para su propuesta en el programa *Cubo abierto* del Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca (MACO), Francisco Ugarte recurrió, como siempre lo ha hecho, a su intuición y a las primeras impresiones que el lugar que va a intervenir le provocan. En su visita inicial al patio norte del museo, el artista se interesó en sus irregularidades más que en su contundente nitidez. Por sus dimensiones, sus proporciones y el color de sus paredes, este espacio abierto de gran sobriedad posee, casi de manera literal, los atributos que caracterizan al arquetípico *white cube* museográfico (esta suerte de escenario de aséptica neutralidad que presuntamente ofrece condiciones óptimas de exhibición). Sin embargo, la dureza de la geometría

ortogonal con que está configurado el patio norte del MACO –apenas perturbada por algunas puertas y ventanas– es contradicha por la textura de sus muros. La diáfana atmósfera oaxaqueña revela que este cuerpo monolítico y puro posee una superficie abrupta, orgánica y fragmentada, brutal en algunos de sus tramos, y en otros ondulante y sensual. Se podría decir que el conjunto de raspaduras, desprendimientos, cicatrices, remiendos, protuberancias y demás accidentes que cubren palmo a palmo la superficie de las cuatro caras del patio, representa la crónica de la historia de este espacio, la cartografía de un territorio agreste que una capa uniforme y luminosa de pintura blanca, lejos de disimular, exalta.

El contrapunto que se da entre la imperturbable forma primaria del patio y la bullente e impura piel que la recubre, establece la marca de arranque y las pautas bajo las que se desarrolla la intervención de Francisco Ugarte. Se puede decir que *Sin título*, Oaxaca 2009, es un juego de opuestos que se materializa en dos acciones. La primera consiste en pintar de negro todos los espacios y oquedades que desembocan en el patio; logrando con este simple recurso darle corporeidad a la luz que penetra y establecer contundentemente la polaridad entre adentro y afuera. Una vez en el patio, el contraste entre el blanco de sus muros y la penumbra de los espacios interiores, marca una fuerte ruptura que ocasiona que las masivas paredes (de hasta un metro de espesor) sean percibidas como delgadas láminas perforadas.

La segunda acción consiste en la instalación en escuadra de dos paredes de vidrio tintado en negro. Su ubicación, en paralelo a una de las esquinas del patio, genera un estrecho corredor de no más de 60 cm. de ancho, que permite al espectador realizar un recorrido que, de nuevo, exalta el enfrentamiento de términos contradictorios. En esta ocasión, a la experiencia, visual y táctil, vivida simultáneamente y en estrecha proximidad por quienes circular por este túnel que tiene una cara (uniforme, tersa y fría) de cristal industrialmente fabricado y otra (irregular, áspera y cálida) de mampostería manualmente ejecutada, se suma el efecto reflejante de la superficie acristalada que reproduce obsesivamente su contraparte opaca.

La pulida “ele” negra resultante se manifiesta por sí misma como una paradoja. Por una parte posee una presencia sólida y contundente, casi totémica, en tanto que por la otra, al manifestarse como espejo, se desvanece al punto de desaparecer. En su parte interior, el pasillo ofrece una imagen simétrica, mientras que por la parte externa, cual filosa punta de obsidiana, corta limpiamente el espacio, anula la esquina en que se ha encajado y abre perspectivas ilusorias por las que se fuga la vista en múltiples direcciones. Se podría decir que los muros de vidrio actúan en positivo y negativo, revelando simultáneamente lo real y lo virtual del espacio. Con esta serie de enfrentamientos dicotómicos, Francisco Ugarte tiende puentes provisionales y movedizos entre el mundo físico y el psicológico, entre la realidad material y la forma como la percepción intenta aprehenderla.

“*Sin título*, Oaxaca 2009, se inserta en una extensa línea de propuestas que tiene su origen en los cuestionamientos de Luis Barragán a la modernidad funcionalista, que continúa con los planteamientos sobre “arquitectura emocional” hechos por Mathias Goeritz, que se prolonga con los experimentos del minimalismo, del *Light and Space Art* y, especialmente en el caso de esta pieza, en los ejercicios auto exploratorios de Bruce Naumann, para finalmente desembocar en los esfuerzos de la generación de su autor, la de los años noventa, por continuar replanteando la naturaleza de la obra artística, las fronteras de la creatividad y las estructuras de circulación de los bienes culturales.

De este modo, al proponer una intervención que se concentra en el recorrido, en la *experiencia* que puede tener un espectador en el museo, no sólo a través de la mirada sino a “ras de la mano”, palpando los atajos y escondrijos para entender esta institución como algo *otro*, algo más cercano a un laboratorio de experiencias, a un espacio lúdico, Francisco Ugarte nos anima a deambular, a escudriñar sin miedo y a dejar algunos secretos al descubierto, pequeños prodigios que siempre han estado ahí.

Carlos Ashida